

cuánto amor nos amó María; Ella quiso, no sólo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios de hijos (1).

(1) Videte qualem charitatem dedit nobis Maria, ut filii ejus nominemur et simus. (*S. Bonav.*)

CAPÍTULO III

La ofrenda que María hace de su Hijo debe ser considerada en todas sus circunstancias particulares del tiempo y del lugar. Principiada esta ofrenda en secreto en el momento de la Encarnación, se manifiesta en público el día de la Purificación. Profecía de Simeón, y generosidad de la aceptación de María. Desde este momento comienza á ser nuestra Madre.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donación generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, cómo lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al menos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopción por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerarlo también de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condición, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario, pero ya habían pasado treinta y tres años desde el día en que fué hecha. En el momento misterioso de que dependía la salvación del mundo; en el momento en que la Virgen pronun-

cia aquel omnipotente *fiat* HÁGASE, por el que debía ser reparado todo lo que había producido otro *fiat*; ilustrada María en aquel momento por la clara inteligencia que tiene de las profecías, y mucho más por la abundancia de las luces celestiales de que está inundado su espíritu, ve, como en un cuadro, la serie de acontecimientos y de misterios que deben sucederse durante la vida del Hijo que concibe. Ella tiene un conocimiento exacto y una certeza infalible de que el Hijo de Dios, de quien se hace Madre, no se dispone á la gloria de un trono terreno, sino á la ignominia de la cruz. En el instante mismo en que concebía un crucificado en su seno, dice San Bernardino de Sena, fué crucificada Ella misma en su corazón; y para señal de la suerte sangrienta que esperaba al Hijo que engendraba entonces de su sangre purísima por la virtud del Espíritu Santo, por una disposición divina concibió el 25 de Marzo, día en que este divino Hijo terminó en el Calvario, treinta y tres años después, su carrera mortal en medio de los mayores tormentos (1).

Pues bien; ni el conocimiento tan claro de este misterio que debe cumplirse en el Hijo, ni la convicción profunda del sacrificio doloroso que había de sufrir la Madre, son bastantes para hacer vacilar su ánimo. Su prontitud para dar un consentimiento que le abría una carrera tan larga de padecimientos no se entibia. Por

(1) In signum quo crucifixa crucifixum concepit, ordinavit, summa sapientia Deus, quod eadem die virgo Christum concepit, qua Christus passus fuit. (*S. Bernardin. Senen.*)

el contrario, su corazón se inflama, dice San Anselmo, con los transportes más vehementes, con los más ardientes deseos; Ella se enardece al ver consumarse por tales medios la obra de la salvación de los hombres. Doblemente inundada y llena de la caridad divina, que abraza su tierno corazón, y de la virtud de Dios, que reside en su seno purísimo, se hace dos veces Madre: por el doble consentimiento que da para que su propia sangre sirva para formar un cuerpo á la persona del Verbo, y para que la sangre de su Hijo se emplee en pagar el precio de nuestra salvación. Ella concibe dos hijos, el uno con su sangre y el otro con su amor, y Madre del uno por naturaleza y del otro por adopción, principia desde aquel momento á llevar y alimentar á los hijos de los hombres en su corazón lleno de amor, lo mismo que principia á llevar y á nutrir en su seno el Verbo mismo de Dios (1).

Mas estos sentimientos sublimes, estas disposiciones magnánimas que María alimenta interiormente respecto á los hijos de los hombres desde el momento en que fué Madre de Dios, no tardaron mucho en manifestarse exteriormente y en verse confirmados por las obras. En el día de su purificación renueva Ella en el santuario de Jerusalén, de una manera pública y solemne, la ofrenda generosa de su propio Hijo por nuestra sal-

(1) Per hunc consensum in Incarnationem Filii, omnium salutem rigorosissime expetiit, et procuravit; ita ut ex tunc omnes in suis visceribus bajulat, sicut verissima Mater filios suos. (*S. Anselm.*)

vacación; ofrenda que ha hecho ya secretamente en el santuario de su corazón. Jesucristo se presenta desde entonces en el templo, como dice San Pablo, en cualidad de víctima, y María se asocia á estos sentimientos de misericordia, y se presenta, según San Epifanio, en cualidad de sacrificador (1). Jesús renueva de una manera más perfecta la docilidad de Isaac, y María la generosidad de Abraham. El viejo Simeón representaba, dice San Ambrosio, la humanidad entera en los inveterados desórdenes del pecado. María, al depositar su Hijo entre sus brazos, lo da al género humano entero, lo ofrece por la salvación de todos, así como lo había dado á luz por la salvación de todos. Ella renuncia, por decirlo así, á tenerlo por Hijo, á fin de dárselo por Redentor (2).

Su resolución, pues, estaba ya tomada, su voluntad determinada, su espíritu pronto y su corazón dispuesto y resignado, cuando Simeón, tomando la actitud de un profeta, y con un tono misterioso y solemne, que anuncia toda la majestad de una inspiración divina, dice á María: «Mujer, desde este momento este Hijo que acabáis de ofrecer no es ya vuestro; El pertenece á los demás. El está establecido para la salvación, la resurrección y la vida de muchos; sin embargo, El será para otros muchos en Israel un motivo de escándalo y de

(1) Virginem appello veluti sacerdotem. (*S. Epiphani.*)

(2) Omnibus Maria offert, que pro omnibus eundem peperit Salvatorem. (*S. Ambros.*)

ruina (1). El será como una señal de contradicción, á cuyo alrededor se agruparán las pasiones para combatirlo. El será objeto de una persecución y de un odio general (2). Entonces se manifestarán respecto á El los sentimientos más ocultos, los pensamientos más secretos de baja traición, de envidia y de furor de parte de sus enemigos, y de valor, de fidelidad y de amor por parte de sus amigos (3). Mas ¡ay! ¡Oh mujer! Todo lo que El ha de sufrir en su cuerpo, el amor os lo hará sentir en vuestra alma. La vista de su muerte dolorosa será para Vos como una espada de acerbo dolor, que, sin quitaros la vida, atravesará vuestro corazón de parte á parte. Entonces serán inmoladas dos víctimas de un solo golpe. Los tormentos del Hijo serán al mismo tiempo el martirio de su Madre. Su muerte será la vuestra, sus padecimientos serán los vuestros (4).»

¡Oh predicción desgarradora para el corazón de una Madre! ¡Oh profecía cruel! ¡Qué tempestad de afectos contrarios, qué tumulto de funestos temores deberían levantar en su corazón estas lúgubres palabras! Sin embargo, aun cuando ellas sean pronunciadas por Simeón, reconoce María que Dios las inspira. No son, pues, para Ella los acentos de un hombre, sino la ma-

(1) Et dixit Simeon ad Matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum in Israel. (*Luc.*, II, 34, 35.)

(2) Et in signum cui contradicetur. (*Ibid.*)

(3) Ut revellentur ex multis cordibus cogitationes. (*Ibid.*)

(4) Et tuam impium animam doloris gladius pertransivit. (*Ibid.*)

nifestación de los decretos del cielo. Ella domina su ternura maternal, aterrada y turbada por esta profecía; Ella hace callar todas sus afecciones para conformarse á las disposiciones de lo alto. Ella entra en las disposiciones y en los sentimientos que el Apóstol San Pablo atribuye á Jesucristo en estas mismas circunstancias; en el secreto de su corazón responde á Dios, que le habla por boca de su Profeta: «Supuesto que Vos lo queréis, ¡oh Dios santo! ¡oh Dios justo!, cúmplase vuestra voluntad. La primera ley que yo me he impuesto, mi primer deber es el de aceptar todas vuestras disposiciones y todos vuestros designios, y someterme absolutamente á vuestra voluntad (1). Es muy doloroso para mí que, habiéndome dado tal Hijo, me lo pidáis tan pronto. Mas, supuesto que lo exigís para reemplazar las víctimas carnales, que jamás han podido ser agradables, y que el cuerpo con que le vestisteis debe ser sacrificado por la salvación de los hombres, yo vengo á ofrecérselo voluntariamente (2). Esta obra de vuestra inmensa misericordia endulza la amargura de mi ofrenda. La salvación del mundo merece que yo os sacrifique mi corazón, supuesto que mi Hijo os ofrece su sangre y su vida. Yo consiento en privarme del fruto de mis entrañas para dar á los hombres el Redentor que vuestra misericordia les ha prometi-

(1) In capite libri scriptum est de me, ut faciam, Deus, voluntatem tuam. (*Hebr.*, 7.)

(2) Holocaustomata... noluit... corpus autem aptasti. Tunc dixi, Ecce venio. (*Ibid.*, 5, 7, 8.)

do. Disponed del Hijo sin mirar los dolores de la Madre. Cúmplanse vuestros misericordiosos designios, hágase vuestra voluntad. Mi corazón estará siempre dispuesto á escucharlos, y mi voluntad dispuesta á conformarse con ellos (1).»

María se pone absolutamente de acuerdo con el Padre eterno y con su Verbo encarnado, y de concierto estipulan el gran contrato de nuestra salvación. En esta grande ceremonia, anunciada y celebrada mucho tiempo antes por Malaquías, como el sacrificio más agradable á Dios, el más sublime y el más perfecto de los sacrificios de Judá y de Jerusalén (2), María ofrece, Jesucristo se somete y el Padre eterno acepta. María promete su voluntad y su corazón, Jesucristo promete su vida y su sangre, y el Padre eterno su misericordia y su perdón. Así fué como se estipuló en el templo y se concluyó el gran tratado de reconciliación entre el cielo y la tierra; tratado que debía consumarse un día en el Calvario. Tratado, contrato y alianza misteriosa, que tienen por garantías la bondad del Padre, la obediencia del Hijo y la generosidad de la Madre, cuyas condiciones son el sacrificio de Jesús y el de María, y cuyos frutos serán la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

¡Cuán grande y cuán sublime es todo en esta ofren-

(1) In capite libri scriptum est de me, ut faciam, Deus, voluntatem tuam. (*Hebr.*, 7.)

(2) Et placebit Domino sacrificium Juda et Jerusalem sicut dies sæculi. (*Malach.*, III, 4.)

da! Para que un padre consintiese en entregar su hijo á la muerte para dar la vida á sus enemigos, se necesitaba nada menos que una misericordia como la del Padre celestial, que es Dios. Para que un sacrificio fuese digno de Dios, se necesitaba una víctima tan sublime como Jesucristo, que es Hijo de Dios. Y para que una madre ofreciese por sí misma su propio hijo por la salvación de otros, se necesitaba una generosidad y un heroísmo como el de María que es Madre de Dios.

Pues bien; así como desde el primer instante comenzó Jesucristo á ser el Redentor del mundo, y el Padre eterno nuestro verdadero Padre, así también María comenzó desde entonces á ser nuestra verdadera Madre adoptiva; porque desde entonces consintió en la condición dolorosa que debía llevar á efecto nuestra adopción, entonces puso las bases y acepto los términos, las cargas y las consecuencias de ella.

CAPÍTULO IV

Historia de la madre de Moisés, figura y profecía de las disposiciones con que María vuelve con su Hijo del templo. Cuadro de las penas interiores de María durante la vida de Jesucristo. Generosidad y constancia de su ofrenda y de su amor para con nosotros. Nuevos títulos de su maternidad respecto á los hombres.

María recibió su Hijo de los brazos de Simeón poco tiempo después de haberlo puesto en ellos; más ¡cuán diferentemente lo recibió que lo había entregado!

Se lee en los Libros Santos que queriendo Faraón, rey de Egipto, exterminar enteramente la nación de los hebreos, que se había hecho odiosa para él, había mandado, bajo graves penas, exponer y arrojar al Nilo á todos los hijos varones que naciesen en ese pueblo. La madre de Moisés, después de haberle tenido oculto en su casa tres meses después de su nacimiento, se vió obligada á exponerle á la muerte, en cumplimiento de este bárbaro decreto. Pero tuvo la precaución de meterle en una cestilla de juncos, embetunada de tal modo que fuese impenetrable á las aguas, y poner de centinela á su hija María, para observar desde lejos el paradero de la cestilla y del objeto amado que iba encerrado en ella. Sucedió, pues, que la misma hija del rey divisó por casualidad esta cestilla en la orilla opuesta del río. Ella la hace coger, y encontrando en ella un niño muy hermoso, como lo dice la Escritura,